

BUCÉFALO

Memorias del caballo
de Alejandro



Eloy M. Cebrián



BUCÉFALO
Memorias del caballo de Alejandro

Eloy M. Cebrián

Año 326 antes de Cristo. Bucéfalo, el legendario caballo del rey Alejandro de Macedonia, agoniza por una herida de combate. Consciente de que su fin se acerca, el animal se resigna a morir a un mundo de distancia de la tierra que lo vio nacer. Pero antes de dispone a evocar la aventura de su vida, un viaje fascinante que lo ha conducido desde las tierras de Grecia a Jonia, desde Egipto a Mesopotamia y Persia. Y más allá, mucho más allá, hasta las misteriosas estepas del Asia central y la fabulosa India, donde una flecha enemiga lo aguardaba impaciente.

Estas páginas constituyen una invitación a recorrer a lomos de Bucéfalo algunas de las páginas más vibrantes de la Historia, una crónica de primera mano del que habría de convertirse en el más glorioso de los reyes y el más invencible de los generales, aquel que sería honrado por la posteridad con el sobrenombre de «El Grande».

Batallas, aventuras, prodigios, valor, lealtad, ambición, muerte o victoria. Y todo un mundo que conquistar. El precio exigido es enorme, pero también lo es la recompensa: fama perdurable, gloria inmortal.

*Para Miguel Cebrián,
viajero del tiempo.*

ÍNDICE

Primera parte EL REINADO DE FILIPO

- Capítulo I: Juegos en Olimpia
- Capítulo II: El orador y el rey.
- Capítulo III: Alejandro, mi amo
- Capítulo IV: El filósofo
- Capítulo V: Las hogueras de Queronea
- Capítulo VI: Los desterrados

Segunda parte LA CONQUISTA DE ASIA

- Capítulo VII: Más allá del Helesponto
- Capítulo VIII: Las voces de Siwah
- Capítulo IX: La tierra de los dos ríos
- Capítulo X: El señor de Asia
- Capítulo XI: El camino hacia el fin del mundo
- Capítulo XII: La última batalla

Epílogo

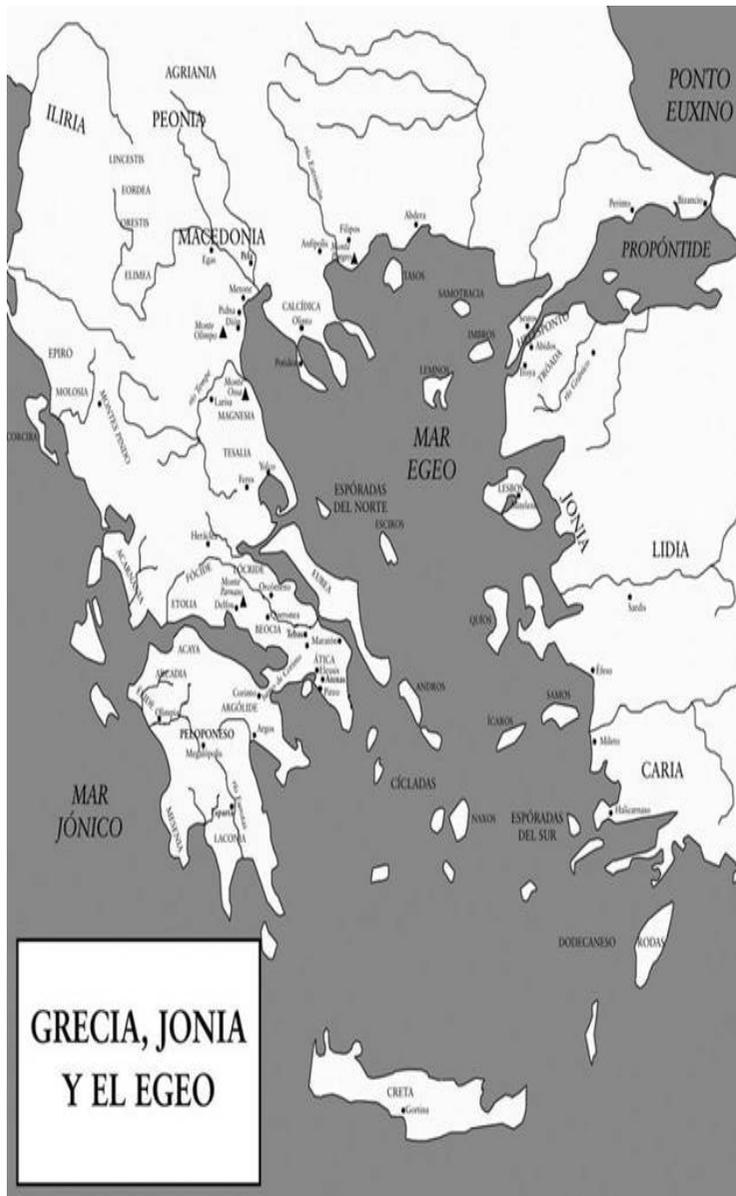
Glosario

Parte I EL REINADO DE FILIPO

γὰρ ἀμφὶ τὰ τριάκοντα ἔτη καματηρὸς γενόμενος,
πολλὰ δὲ πρόσθεν ξυγκαμῶ τε καὶ συγκινδυνεύσας
' Ἀλεξάνδρῳ, ἀναβαινόμενός τε πρὸς μόνου ' Ἀλεξάνδρου
ὁ Βουκεφάλας οὗτος, ὅτι τοὺς ἄλλους πάντας ἀπηξίου
ἀμβάτας, καὶ μεγέθει μέγας καὶ τῷ θυμῷ γενναῖος.
σημεῖον δέ οἱ ἦν βοὸς κεφαλὴ ἐγκεχαραγμένη, ἐφ'
ὅτῳ καὶ τὸ ὄνομα τοῦτο λέγουσιν ὅτι ἔφερον· οἱ δὲ
λέγουσιν ὅτι λευκὸν σῆμα εἶχεν ἐπὶ τῆς κεφαλῆς,
μέλας ὦν αὐτός, ἐς βοὸς κεφαλὴν μάλιστα
εἰ κασμένον.

Era ya un caballo de unos treinta años, agotado por haber sufrido antes muchas penalidades y peligros que había compartido con Alejandro; fue éste su único jinete, ya que no toleró sobre sí a ninguna otra persona; caballo grande de tamaño y de ánimo esforzado. Estaba marcado con una cabeza de buey, de donde su nombre Bucéfalo, aunque otros dicen que tenía una señal en su cabeza (siendo todo el resto de su cuerpo negro), exactamente igual a la cabeza de un buey.

Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno*
(Trad. de Antonio Guzmán Guerra)



Capítulo I

Juegos en Olimpia

Mi nombre es Bucéfalo y me estoy muriendo. La vida me abandona a través de esta herida que una flecha enemiga me abrió en mitad del pecho. Apenas distingo las cosas que me rodean, y el mundo parece envuelto en niebla y sombras. Mi señor ha enviado a sus criados para que cuiden de mí. Noto que me acarician, que limpian mi herida y que depositan heno fresco junto a mi extenuada cabeza, tal vez con la esperanza de que el olor del alimento me reanime. Ayer vino a visitarme Filipo de Acarnania, el cirujano más afamado de todo el ejército. Tras examinar mi herida, el hombre se limitó a encogerse de hombros y a prescribirme la muerte dulce y rápida del cuchillo. Alejandro estuvo a punto de ordenar que lo colgaran. Él me conoce bien. Sabe que somos iguales, que lucharé hasta el final y que, cuando llegue el momento, me iré con el orgullo de haber librado una hermosa batalla.

«¿Por qué tantas atenciones con un viejo caballo moribundo?», os estaréis preguntando. Soy viejo, os lo concedo, mucho más viejo que ningún caballo que haya conocido y, para mi desgracia, es un hecho que me estoy muriendo. Pero ni por un instante penséis en mí como en un caballo vulgar. Pocos son los hombres que han alcanzado más gloria y más fama que yo. Y poseo además un tesoro que muchos envidiarían: mis recuerdos, una larga vida de recuerdos. No quieran los dioses, si de verdad existen, que

todas estas vivencias se pierdan conmigo, que la muerte y el tiempo las borren sin dejar rastro. Querría hablaros de Filipo, el rey más glorioso que han visto los siglos, si no fuera por otro que vino tras él, de la bella y cruel Olimpia, del noble Parmenión, de Aristóteles, el sabio, del hermoso Hefestión, del taimado Demóstenes, del fiel Antípatro, de Tolomeo, de Crátero, Seleuco, Clito y todos los demás. Acompañadme, si os place, hasta los campos de batalla de Queronea y del Gránico, de Iso, de Gaugamela. Cabalgad conmigo hacia Jonia y Egipto, y más lejos, mucho más lejos, hasta Persia y la fabulosa India, donde una flecha enemiga me aguardaba pacientemente.

Y, por supuesto, os quiero hablar también de Alejandro, sobre todo de Alejandro.

Pero muchos son los recuerdos y escaso el tiempo que me resta. Así pues, escuchad mi historia mientras aún me queden fuerzas para narrarla.

No siempre he sido famoso. De hecho, hasta que mi camino y el de Alejandro se cruzaron, yo era un caballo más, uno de los muchos que viven en mi tierra, hoy tan lejana. Reconozco que me devora la nostalgia. Y si alguna vez habéis viajado a la Hélade podréis imaginar por qué. Aquella es una tierra hermosa, cubierta casi totalmente de montañas y bosques; pero también es un país agreste y duro, donde a duras penas se puede encontrar un pedazo de tierra apto para hincar el arado. En cuanto a sus habitantes humanos, he de decir que son una de las razas más notables que pueblan el mundo, y os hablo con la seguridad de quien lo ha visto casi todo. En ningún sitio encontraréis artesanos más hábiles ni artistas de mayor talento: el barro, la piedra y el bronce adquieren vida bajo sus manos; sus ciudades están sembradas de templos que poco tienen que envidiar a las residencias de los dioses. ¿Y qué decir de sus

poetas, salvo que nadie ha sabido celebrar como ellos la belleza del mundo y las hazañas de los antiguos héroes?

Sabed también que la curiosidad de sus filósofos no conoce límites: los cielos, la tierra, la naturaleza, el hombre, la esencia misma de las cosas son asuntos familiares para ellos. Buenos ejemplos de ello hallaréis en esta historia.

«La tierra separa, mientras que el mar une», reza una conocida sentencia. Podéis nombrar cualquier costa del mundo conocido y os aseguro que allí encontraréis a un navegante heleno: mercaderes, viajeros, soldados de fortuna, colonos en busca de tierras más fértiles... Los extranjeros bromean a veces: «Condenados helenos, parece que crezcan debajo de las piedras». Y no les falta razón. Tanto si navegáis hacia oriente como hacia occidente, os toparéis sin duda con una ciudad helena. Por bárbara y distante que sea la costa, siempre arribaréis a «una Hélade más allá del Mar».

Un pueblo afortunado, os diréis. Cierto, salvo por un pequeño detalle. Habéis de saber que, de entre todas las artes, hay una que en mi patria se cultiva con especial devoción: el llamado «arte de la guerra». No os asombréis, pues, si os digo que la historia de la Hélade es en buena medida la historia de sus guerras: guerras de aniquilamiento mutuo, guerras con sus vecinos, guerras contra potencias lejanas, guerras contra todo aquel que se ha puesto a su alcance. Tenemos la guerra en la sangre, como una de esas enfermedades que se transmiten de padres a hijos. No acierto a explicármelo de otro modo.

Permitidme un alto en el camino para ilustrar todo esto con un ejemplo. Al sur de la Hélade existe una península que llaman del Peloponeso. Allí se encuentra Esparta, la ciudad de los lacedemonios, seguramente el peor sitio del mundo para nacer. Todo recién nacido es examinado de pies a cabeza a fin de comprobar si tiene algún defecto que lo incapacite para la guerra. Si es así, se le abandona en las laderas del monte Taigeto, donde el hambre, el frío o las alimañas pronto acaban con él. Los niños sanos son devueltos a sus madres, pero sólo hasta que cumplen siete

años. A esa edad los sacan de sus hogares y los llevan a vivir a un cuartel, donde permanecen hasta que son adultos y sufren las mayores penurias y privaciones que podáis imaginar. Y ni por asomo penséis que sus madres se rebelan. Como todas las mujeres helenas, las espartanas se limitan a callar y obedecer. Y no sólo eso, sino que además se sienten orgullosas de que sus hijos sacrifiquen su vida de un modo tan absurdo. Se cuenta que una madre espartana despidió a su hijo, que partía hacia la guerra, con estas palabras: «Vuelve con tu escudo o sobre tu escudo». Al parecer, la buena mujer ni siquiera concebía una tercera posibilidad.

La educación de los niños espartanos se fundamenta en los tres pilares básicos de su sociedad, es decir, la obediencia ciega, la fortaleza y la obsesión por la victoria a costa de cualquier sacrificio, incluyendo el de la propia vida. El hambre, el frío, los ejercicios agotadores, las marchas interminables y la férrea disciplina, a menudo impuesta mediante palizas y latigazos, los convierten en soldados formidables, es cierto, pero a la vez borran en ellos cualquier vestigio de humanidad. A propósito de esto, me viene a la memoria la historia de un niño espartano que, mientras permanecía en formación, ocultaba un cachorro de zorro bajo su manto, y que permitió que el animal le desgarrara el vientre con sus garras y colmillos sin dejar escapar un gemido que lo delatara.

A los helenos les encanta hablar, los espartanos, a lo sumo, gruñen. Los helenos adoran la música, los espartanos sólo los cantos militares. Cualquier actividad ajena a la guerra les está vedada. No practican el comercio, ni la agricultura, ni ninguna de las artes. Para su sustento, el Estado les proporciona una finca y esclavos para trabajarla. Y ahora que sabéis la forma en que los espartanos tratan a sus hijos, podréis figuraros cómo tratan a sus esclavos. En fin, a modo de conclusión baste decir que los lacedemonios dominan «el arte de la guerra» hasta tal punto que la suya es la única ciudad importante de la Hélade que carece de mura-

llas, pues, como ellos mismos afirman, el ejército de Esparta es más fuerte que cualquier muralla.

Bien es cierto que estos desagradables espartanos son el ejemplo más extremo que puedo mencionar, aunque no es menos cierto que el resto de los helenos no se diferencian mucho de ellos en cuanto a belicosidad se refiere. Toda la Hélade está dividida en pequeños estados independientes (una ciudad y su territorio de influencia, donde a lo sumo no hay más que granjas y aldeas), y son contados los momentos de la historia en los que no haya algún conflicto en curso que enfrente a dos, varios o todos ellos. Su mayor afán consiste en dominar o destruir a los demás: Esparta contra Argos, Atenas contra Esparta, Tebas contra Atenas, Esparta contra Tebas, Atenas contra Corinto y así hasta agotar todas las combinaciones imaginables. A veces, pocas, algunas ciudades se alían, pero solamente para luchar contra enemigos extranjeros poderosos. Sin embargo, estas alianzas suelen ser breves y rara es la vez que no desembocan en una nueva contienda.

A pesar de todo, los hay que han salido beneficiados de este gigantesco caos, y me refiero, naturalmente, a nosotros, los caballos. Los helenos nos adoran desde que se dieron cuenta de que somos un elemento esencial de supremacía en la batalla. No es necesario discurrir mucho para caer en la cuenta de que un guerrero a caballo posee grandes ventajas sobre el soldado de a pie: constituye una poderosa fuerza de choque, cuenta con una posición privilegiada en el combate y, si las circunstancias lo requieren, su movilidad le permite una rápida retirada sin que ningún soldado de infantería pueda soñar con alcanzarlo.

Los hombres han olvidado casi por completo la época en que los primeros caballos llegaron a la Hélade, lo que les ha llevado a urdir toda suerte de leyendas sobre nuestro origen (ellos son muy dados a adornar los hechos del pasado con historias fantásticas). Nos consideran un don del cielo; creen que fue el mismísimo dios Poseidón, el que surca las profundidades del mar en un carro tirado por caballos marinos, quien hizo entrega del caballo a los hom-

bres. Por supuesto, nuestra imaginación no llega tan lejos, aunque sí nuestra memoria. Todo buen caballo heleno les habla a sus hijos de la época remota en que llegamos allí por vez primera, acompañando a los hombres del norte. Nos trajeron de un país frío y desolado que se encuentra más allá de las montañas. En aquella época los humanos no habían aprendido todavía cómo persuadir a un caballo para dejarse montar, de modo que nos usaban para tirar de los carros en los que transportaban sus enseres, y de otros, más pequeños y rápidos, que empleaban en la guerra. Aquellos hombres –algunos los llaman *aqueos*– tenían poco que ver con los refinados helenos actuales. Sin embargo, una vez establecidos en la Hélade, sembraron la simiente de lo que llegaría a ser la maravillosa tierra de la que os he hablado. Su edad de oro fue narrada por Homero, al que hoy consideran el más excelso de sus poetas. Si hay una historia favorita entre los helenos, ésta es la de cómo sus antepasados aqueos cruzaron el mar para luchar contra los troyanos ante las murallas de Ilión, y cómo los héroes de esta epopeya acudían al combate sobre carros de guerra tirados por antepasados míos.

Lo cierto es que aquella gloriosa civilización de guerreros fue barrida por completo; nada quedó de ellos, salvo ruinas y leyendas. Hay quien afirma que los responsables de tanta destrucción fueron los llamados dorios, hordas nómadas llegadas del norte en busca de un país mejor donde establecerse. Cuentan que se trataba de un pueblo semisalvaje; sin embargo, conocían el secreto de construir armas de hierro que podían cortar las espadas de bronce de los aqueos como si éstas fueran de madera. También tenían caballos más grandes y rápidos, caballos adiestrados para participar en la lucha, mientras que los aqueos usaban los suyos como simple medio de transporte hasta el campo de batalla. Los de mi especie sabemos que toda esa historia de invasiones es sólo en parte cierta, que fueron en buena medida los propios aqueos quienes fraguaron su ruina peleando entre sí, pero nadie nos ha preguntado.

Vinieron después muchos años oscuros de los que prefiero no hablar hasta que, muy lentamente, la civilización comenzó a surgir de nuevo. Basta con decir que la historia del hombre en la Hélade es también la historia de sus grandes amigos de cuatro patas; donde ellos estuvieron, allí estuvimos nosotros.

Y creo que ha llegado el momento de concluir la narración de la historia de mi tierra natal para comenzar con la mía propia.

Al norte de la Hélade existe una región llamada Tesalia, en cuyas llanuras cubiertas de pastos se crían los mejores y más afamados caballos del mundo conocido. Los caballos de Tesalia son de pequeña alzada, pero su resistencia, velocidad y fuerza los hacen incomparables. Los humanos de aquella región los consideran su mayor orgullo, así como su principal fuente de riqueza. Y hasta tal punto llega su veneración por nosotros que sus leyendas recogen la existencia de unos extraños seres llamados centauros, que eran mitad humanos y mitad caballos. Se trataba de criaturas salvajes y libres que vivían en las montañas y que con frecuencia entablaban sangrientos combates con los humanos. Una excepción la constituía el centauro llamado Quirón, al que los humanos consideraban el ser más sabio y bondadoso de su época. De este Quirón se cuenta que fue el maestro y consejero de Jasón, el más célebre de los héroes tesalios, aunque ésa es otra historia. Como podéis suponer, tengo un buen motivo para hablar de los caballos de Tesalia en términos tan elogiosos y es que, humildemente, yo desciendo de ellos.

Mi madre fue una yegua de noble y rancia estirpe entre cuyos antepasados se contaban los caballos más rápidos de Tesalia, lo cual equivale a decir los caballos más rápidos de toda la Hélade. Muchas veces me contó que en su familia aún se recordaba la hazaña de cierto tatarabuelo que ganó cuatro guirnaldas de olivo en el hipódromo de Olimpia, lo que resulta tan inverosímil que siempre me ha

parecido una mera leyenda familiar. De todas formas, he de hablaros más de este lugar, Olimpia, puesto que tuvo una importancia decisiva en mi concepción.

Alrededor de un año y medio antes de que mi nacimiento una gran expectación comenzó a adueñarse de toda la Hélade. Como cada cuatro años, las ciudades aguardaban ansiosas la visita de los emisarios de Olimpia, encargados de llevar la gran noticia hasta los más remotos confines del país: ¡iban a celebrarse unos nuevos Juegos Olímpicos! Tesalia, aunque muy alejada de Olimpia, no era una excepción. Los mejores atletas de la región consumían largas horas en los gimnasios y las palestras, entrenándose hasta la extenuación para el gran acontecimiento. Luchadores, corredores, lanzadores de disco y de jabalina soñaban con obtener la preciada guirnalda de olivo que adornaría a los vencedores de las diferentes especialidades y haría que sus nombres fueran recordados por la posteridad. Pero, además de los atletas, había alguien más que no lograba tampoco conciliar el sueño: los criadores de caballos. Casi desde el remoto pasado en que los Juegos Olímpicos comenzaron a celebrarse, los caballos hemos sido protagonistas de algunas de las más famosas y espectaculares pruebas deportivas. En el hipódromo de Olimpia tienen lugar las más afamadas pruebas hípicas del mundo. Se celebran carreras de carros tirados por dos o cuatro caballos, y también pruebas de jinetes montados.

Un inciso: los Juegos Olímpicos constituyen el único acontecimiento capaz de poner de acuerdo a todos los helenos en al menos dos cosas: la primera es la Tregua Sagrada, en virtud de la cual toda guerra en curso queda interrumpida hasta que los juegos se clausuran y tanto atletas como peregrinos han regresado a sus lugares de origen. Los estados que osan violar la tregua son culpados de sacrilegio y expulsados de la competición (a los espartanos les ha ocurrido esto en un par de ocasiones, que yo recuerde).

El otro asunto es el de la cronología. Permitidme que os explique: cada estado heleno establece el cómputo del